

La colaboración política

E.
MIRET
MAGDA
LENA

La gran bestia negra para bastantes españoles es todavía el socialismo marxista, y muy especialmente el comunismo.

La propaganda reiterativa de los cuarenta años franquistas ha producido el fruto que se pretendía: la exclusión de soluciones sociales científicas y radicales que pudiesen resolver nuestros problemas de modo definitivo. Se prefiere hoy el verbalismo a la realidad; y tras palabras avanzadas (no olvidemos que ciertos grupos de Alianza Popular se califican ellos mismos de "centro-izquierda") se esconden una mercancía retrógrada de corte capitalista, o —en el mejor de los casos— neocapitalista.

Y esto no ocurre sólo en España, sino en varios países de Europa. La palabra "socialista" ha perdido su significado original, y los ensayos de estructura económico-social de Suecia se llaman —a pesar de su base capitalista— "socialismo", como ocurre entre nosotros. Es ya frecuente que se den conferencias y se hagan declaraciones que no hacen sino confundir al oyente y al lector españoles, que están —después del franquismo— en la inopia política y pueden fácilmente aceptar las realidades no por ellas mismas, sino por las palabras que las acompañan.

Cuando se dice, por ejemplo, que "el socialismo no es una revolución", como acabo de leer en un periódico de Santiago de Compostela, transcribiendo una conferencia de un conocido economista, que merece, sin embargo, todos nuestros respetos, no puedo estar conforme y nadie debíamos estarlo, a pesar de que sea tan frecuente este empleo inadecuado del vocablo. El socialismo (atendiendo a sus orígenes decimonónicos) debe ser siempre una revolución, un cambio radical de las estructuras socio-económicas del Occidente capitalista. Porque "revolución" —como muy bien dijo Lenin— no tiene por qué ser una acción violenta para cambiar un Gobierno por otro: es algo más profundo y decisivo.

Para mí no hay más que dos socialismos: el utópico y el científico. Y ya es hora de que comprendamos que la utopía sin ciencia no es más que ineficacia y evasión. Lo otro —la socialdemocracia— no es un socialismo.

Al cristiano se le ha sometido en España a un verdadero lavado de cerebro estos años últimos. El régimen político imperante, lo mismo que la Iglesia, han impactado nuestras mentes y nuestros sentimientos, produciéndonos una reacción emotiva y unas ideas "anti" de cara a un socialismo verdadero y profundo. Y muy

especialmente ha difundido una alergia al socialismo marxista.

El problema está en que son numerosos los militantes cristianos que ahora se declaran marxistas. Y no por hacerse seguidores del marxismo se vuelven menos cristianos. Su ardor evangélico crece y se hace más eficaz para impulsar la transformación de la sociedad. Todo aquello que nos hablan dicho, tanto la Santa Sede como los obispos, no se cumple: el marxismo que profesan estos creyentes no es un óbice para su fe, sino un canal que facilita su realización y aplicación.

Este es el hecho y lo demás son puras divagaciones que resultan impropias de un juicio imparcial y sereno. Si el marxismo fuese tan peligroso y tan inaceptable para un cristiano, debemos preguntarnos: ¿cómo es que estos católicos españoles en vez de dejar su fe, la aumentan? Lo que sí ocurre es que terminan por superar supersticiones y deformaciones antropomórficas de la realidad divina, quedando sólo en pie la verdadera manifestación de Dios, "el impulso creador", fundamento que late en el fondo de todas las cosas y personas. Ese, para mí, es el único Dios que existe, se le llame como se le llame.

Y ésta es la razón por la que aquel que llega a convencerse humanamente de la verdad del marxismo, analizando y sopesando sus razones, y no aceptando emociones ni alergias inconscientes inducidas durante la propaganda clerical y franquista de años anteriores, puede seguir siendo verdadero creyente y verdadero marxista. Lo único decisivo es que esté convencido de los argumentos humanos de carácter racional, que le llevan a aceptar la explicación marxista de la sociedad en sus diferentes niveles de problemática (praxis, materialismo histórico y materialismo dialéctico). Incluso podrá haber quien quede convencido por uno solo de estos tres elementos, y no por los demás. Así es frecuente encontrar a algunos que sólo aceptan una de estas características marxistas, aunque yo llamaría la atención de los creyentes para no desechar tan fácilmente los demás elementos, porque esto es todavía producto, en mi opinión, más de inconscientes reacciones que de verdaderas razones.

Podemos llegar así a la más estrecha colaboración en la construcción de un mundo nuevo, con estos "hombres de buena voluntad", como pedía sin discriminaciones ya Pío XII, aunque luego no fue consecuente con el socialismo marxista, y aceptando —sobre todo para ser eficaz esta colaboración— las razones de ese proyecto de la sociedad, que lleva a una perspectiva socialista y comunista, ayer

execrada y hoy comprendida por muchos católicos.

Manteniéndonos solamente en el terreno de la praxis, debemos recordar que ha habido ilustrativos ejemplos de colaboración en los países socialistas que debíamos conocer mejor en España.

En Hungría, un núcleo amplio de católicos se comprometieron decididamente en la nueva política socialista del país, desempeñando en ella un papel positivo. Su punto de vista estuvo claro: "Tenemos que vivir juntos —se dijeron—, tenemos el mismo terreno que cultivar y trabajar por el bien común". Y "el episcopado húngaro se ha puesto, también, explícitamente en favor de algunos de los objetivos más importantes del socialismo". Lo que realizaron estos católicos húngaros fue "una colaboración directa en la edificación del socialismo", como observa el padre Biot, en su excelente obra Teología de las Realidades Políticas (Ed. Sígueme, Salamanca.)

La Santa Sede solamente excomulgó a los sacerdotes húngaros que colaboraron en el Parlamento socialista, pero no a los seglares, y los obispos, con gran inteligencia, no llegaron a publicar nunca tal sanción, y ahora —tras esta valiente postura— la excomunión acaba de ser levantada por la propia Roma, pues la realidad ha sido más expresiva que la pura especulación antisocialista de los medios vaticanos, y han visto que —al final— el verdadero cristiano no se ha perjudicado nada con ello, sino todo lo contrario.

Aquí, en España, tendríamos que abrir nuestras mentes a estas nuevas perspectivas, y no desdeñar el voto o cualquier otro género de colaboración al socialismo marxista en sus diferentes versiones concretas, incluido el comunismo, por supuesto, siempre que comprendamos con nuestra razón, limpia de emotividades subconscientes contrarias sólo por rutina, el fundamento de sus pretensiones políticas y socioeconómicas de futuro, que son muy dignas de meditar.

Colaboración política necesaria con aquellas ideas nuevas en España, después de los avatares del nacional-catolicismo que nos dominó y no permitió que pensásemos de otra manera. ■